



HAL
open science

Ruinas de guerra e imaginario nacional bajo el franquismo

Stéphane Michonneau

► **To cite this version:**

Stéphane Michonneau. Ruinas de guerra e imaginario nacional bajo el franquismo . Xosé-Manoel Núñez Seixas; Stéphane Michonneau. Imaginarios y representaciones de España durante el franquismo, Casa de Velazquez, 2014, Imaginario nacionalista en el franquismo. hal-01686039

HAL Id: hal-01686039

<https://hal.science/hal-01686039>

Submitted on 16 Jan 2018

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Ruinas de guerra e imaginario nacional bajo el franquismo

La pasión por las ruinas

Stéphane Michonneau

Las ruinas ofrecen al historiador una perspectiva privilegiada para comprender la forma en que una sociedad percibe su pasado y lo simboliza. Desde este punto de vista, no existe diferencia real entre «las ruinas obra del tiempo» y «las ruinas obra de los hombres» que Chateaubriand diferenciaba cuidadosamente a comienzos del siglo XIX, pues unas y otras manifiestan una relación social con el pasado¹. No obstante, cabe reconocer que ambas tienen un desfase histórico en el tiempo largo: en el siglo XIX, la afición heredada de la antigüedad y la pasión romántica por los restos de tiempos pasados supusieron una atención y valoración renovadas de las ruinas obra del tiempo. Es una historia ya sabida (BIBLIO). En el siglo XX, las ruinas que se imponen en el paisaje son las creadas por el hombre, principalmente como resultado de conflictos bélicos. En una u otra forma, las ruinas se han convertido en piezas importantes de la construcción de imaginarios nacionales, de acuerdo con modalidades diferentes según los siglos: en el siglo XIX la ruina se nacionaliza, es decir, se politiza porque se cree que contiene el secreto de los orígenes de la nación cuya genealogía retrospectiva se intenta construir apasionadamente. Cuando surgen las ruinas de guerra, en los albores del siglo XX, su valor político no disminuye, porque representan la presencia tutelar de generaciones pasadas, una exhortación a las generaciones presentes para que permanezcan fieles al pasado y combatan el presente. Cuando a partir de los años 1960 las ruinas pierden este contenido estrictamente político del que las había dotado el siglo XIX, no desaparecen del imaginario nacional, simplemente se inscriben en él de una forma diferente, la del patrimonio. De esta forma, la politización de la ruina solo durará un largo siglo, de los años 1830 a los años 1960 aproximadamente, antes de que el valor patrimonial de la ruina se imponga definitivamente.

Si bien en el siglo XIX las ruinas son básicamente un marcador de los orígenes supuestos de la nación, en el siglo XX son ante todo una huella de la guerra, prueba de la infamia y las matanzas. Las ruinas contemporáneas como tal nos ayudan a comprender el lugar que ocupan las guerras en la construcción de los imaginarios colectivos: en Francia, por ejemplo, las ruinas de la Primera Guerra Mundial ocupan un lugar preferente en la comprensión de este acontecimiento como gran traumatismo nacional, inaugurando así una recomposición de las identidades políticas alrededor de los testimonios de la matanza. España tampoco escapa, evidentemente, a esta recomposición alrededor de los lugares sacrificiales. El tratamiento que el franquismo primero y el régimen democrático después reservan a las ruinas de la guerra civil revela a su manera esta fuerza.

Entre ruinas y nación, una relación antigua.

En Roma, a comienzos del siglo XIX se elaboró el canon de lectura de las ruinas que debía marcar este siglo: En su *Voyage antiquaire autour de Rome* (1819, Anthony Nibby definía las ruinas

¹ Chateaubriand

como una huella viviente del pasado². El autor, al igual que estos contemporáneos, lamentaba que las ruinas quedaran abandonadas y deseaba que se conservaran tal cual aparecían, sin imaginar que fuera posible modificarlas o reconstruir el edificio original. Esta concepción que convierte la ruina en testimonio del pasado constituyó una ruptura con el ruïnismo en boga en el siglo XVIII, que no dudaba en inventar ruinas en los jardines, desplazar o reutilizar elementos ruïniformes en disposiciones modernas. Siguiendo a Nibby, los viajeros románticos no dejaron de glorificar las ruinas como marcadores de origen de la nación: en este contexto, allá donde existían en Europa, los vestigios antiguos se situaron en el centro de la noción relativamente inédita del patrimonio, tal y como fue forjada en los años 1830-1840. La ruina fue el objeto de un trabajo sistemático de reconocimiento, clasificación, y a veces política de conservación, que supuso una selección severa en el material en cuestión: las ruinas antiguas y las ruinas medievales recibieron un tratamiento de favor en la medida en que estos periodos cronológicos representaban a los ojos de los «forjadores de la nación» el periodo de nacimiento de la nación. En Cataluña, por ejemplo, el movimiento artístico e intelectual del *Noucentisme* establece una relación entre el nacimiento de la nación catalana que promueve y las ruinas fenicias de Ampurias en el Ampurdán. Por supuesto, el fuerte vínculo que se establece entre ruina y cuna de la nación no perdería su vigor en el siglo XX y podremos comprobar que el franquismo supo aprovechar hábilmente este sustrato cultural para convertir las ruinas de la guerra civil en los lugares de renacimiento nacional que tanto perseguía.

Como sabemos, la lectura de las ruinas no fue meramente política y el romanticismo desarrolló una percepción estética de los vestigios antiguos que hundía sus raíces en el siglo VII, según los historiadores del arte³. En España, la desamortización de los bienes eclesiásticos y el abandono que supuso está en el origen de una sensibilidad singular hacia las ruinas que testimonian numerosas obras pintadas o grabadas. *Las ruinas de mi convento* de Lluís Patxot en 1856, *Ruinas del Palacio* de Ramón Alsina en 1859 o también *Ruinas* de Lluís Rigalt en 1865 son pruebas patentes de ello⁴. La exaltación de la Edad Media como punto de partida de la nacionalidad española encontró en el provincialismo catalán una expresión poderosa, fundando así una forma muy singular de comprender el pasado de España.

No obstante, las ruinas son un objeto polisémico que no se deja encerrar en interpretaciones unívocas. En el siglo XIX, las ruinas incluyen también valores positivos, como el del progreso y el higienismo. Así la representación ilustrada de la destrucción de las murallas de Barcelona en 1854, una vez que el llamamiento de Felip Monlau, «Abajo las murallas» sirviera de bandera a toda una generación liberal, es básicamente positiva. Asimismo, en 1860, en Barcelona, la transformación de sectores de muralla ruïnosa en arcos de triunfo efímeros en honor de la reina Isabel II cristaliza el triunfo de los valores liberales progresistas⁵. Más adelante, las

² Christopher Woodward, *In Ruins*, Londres, Vintage, 2002

³ Michel Makarius, *Ruines*, Flammarion, 2004

⁴ Francesc Fontbona, Manuel Jorba (dirs.), *El romanticisme a Catalunya*, Barcelona, Portic, 1999, p.193.

⁵ Jesús Mestre i Campi, «La vida política a Barcelona en 1833-1874» in Jaume Sobrequés i Callicó (dir.), *Història de Barcelona. La ciutat industrial (1833-1897)*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1995, pp. 261-318.

representaciones fotográficas que captan las mejoras urbanas y la apertura de avenidas como la Gran Vía en Madrid en 1910, o la Via Laietana en Barcelona en 1913 están claramente marcadas con valores positivos, porque la ruina simboliza en este caso el final del estado deplorable de deterioro de la ciudad antigua⁶. En el París de Haussmann, en los años 1850, los grabados y fotografías de escombros de la capital llevaban también el germen de la esperanza de una renovación urbana radical⁷. Las dos sensibilidades ante las ruinas, aparentemente contradictorias —una romántica, llena de respeto y nostalgia por los tiempos pasados, otra progresista, llena de impulso hacia los tiempos modernos— pueden coexistir perfectamente, como ilustra por ejemplo el cuadro *La Colegiata de Santa Ana* que Ramón Alsina firma en 1871.

Podemos apuntar, para concluir esta breve panorámica, que en el siglo XIX el espectáculo de las ruinas, si bien es ambiguo, no incita por ello a los contemporáneos a desear su conservación. Por ejemplo, las numerosísimas ruinas de guerra que se derivan de la Guerra de la Independencia o de las guerras carlistas no han sido objeto de una política de conservación explícita. Si bien en Salamanca o en Zaragoza perviven testimonios ruinosos de estos hechos, su conservación es fortuita o meramente funcional: por ejemplo, si la Puerta del Carmen, famoso testimonio del sitio de la ciudad de Zaragoza por las tropas napoleónicas, sigue en pie es porque cumple con una función de puerta de la ciudad. No fue hasta mucho más tarde cuando los impactos de obuses y balas alojadas en los muros fueron identificados y esgrimidos por las ciudades como medallas ganadas en combate.

El comienzo del siglo XX marca a este respecto un punto de inflexión, pues las ruinas catastróficas irrumpen en el imaginario español. Las ruinas adquieren así un sentido nuevo que es el de convertirse en una lección edificante que servirá para subrayar la barbarie del enemigo. La singularidad del caso español a este respecto reside quizá en el carácter tan precoz de esta lectura moderna de las ruinas: efectivamente, desde 1814 sabemos que en Zaragoza el general Palafox organizó una escenografía nocturna de la ciudad bombardeada destinada a impresionar al rey Fernando VII: según Palafox, la intensidad de la destrucción estaba a la altura de los sentimientos de fidelidad al rey⁸. Así pues, la guerra de la Independencia constituyó en España una primera manifestación deslumbrante de una sensibilidad mórbida hacia los paisajes catastróficos. Los grabados de Gálvez y Bombilla, encargados por Palafox en 1815, y los *Desastres de la guerra* de Francisco de Goya inauguraban así una cultura visual cuyos avatares a lo largo de todo el siglo XIX se extienden hasta las series de postales de ruinas de la Semana Trágica en 1909, recientemente actualizadas⁹. Los archivos escritos también contienen pruebas de esta sensibilidad ante las ruinas catastróficas, como podemos ver en las actas del ayuntamiento de Gerona tras la

⁶ VVAA, *La construcció de la gran Barcelona: l'obertura de la Via Laietana*, Barcelona, Genèric, 2001.

⁷ Éric Fournier, *Paris en ruines. Du Paris haussmannien au Paris communard*, Paris, Imago, 2008.

⁸ Francisco Javier Maestrojuán Catalán, *Ciudad de vasallos, Nación de héroes* (Zaragoza: 1809-1814), Institucion Fernando el Catolico, 2003,

⁹ Rafael Contento Márquez, *Edición facsimilar y estudio de la serie de 36 grabados de las Ruinas de Zaragoza realizados por Juan Gálvez y Fernando Brambila e impresos en Cádiz en 1812 y 1813*, Institucion Fernando el Catolico, 2010.

toma de la ciudad por las tropas imperiales o bien en los comentarios que encontramos en el diario de un testigo del saqueo de San Sebastián en 1813, que convierten las ruinas de la ciudad portuaria en pruebas del «saqueo horroroso y el tratamiento más atroz de que hay memoria en la Europa civilizada» (31 de agosto de 1813)¹⁰.

No obstante, cabe señalar que estos paisajes catastróficos tienen características fáciles de reconocer: por una parte, las ruinas no dejan de representar la barbarie del enemigo y el centro del renacimiento político de la comunidad. Así pues, en 1813, encaramados sobre un montón de ruinas, los vecinos de San Sebastián juran la Constitución de Cádiz. La ruina incluye tanto el recuerdo de la destrucción como la promesa de reconstrucción: encontramos de forma natural esta ambivalencia en el tratamiento que el franquismo dio a las ruinas de la guerra civil. Por otra parte, las ruinas se suelen representar libres de cadáveres o bien estos se colocan eufemísticamente en último plano. Eso quiere decir que todavía en el siglo XIX el espectáculo de las ruinas es principalmente el de la destrucción, promesa de renacimiento, pero no el de matanza¹¹. Es una diferencia fundamental con la representación de las ruinas en el siglo XX. Eso no quiere decir que las ruinas del siglo XIX no estén pobladas por seres vivos: el *topos* de los civiles huyendo ante la catástrofe recupera la fuerza que tenía en el siglo XVII en las representaciones de las plagas epidémicas. El mito del Éxodo, o más todavía, el de Eneas huyendo de la ciudad de Troya en llamas y llevando a hombros a su anciano padre, es recurrente: lo encontramos, por ejemplo, en las representaciones gráficas que Cidón hace de las ruinas del frente de Aragón durante la guerra civil¹².

A partir de los años 1870, las ruinas románticas conocen una inflexión en el sentido de una mayor politización. En los discursos, las ruinas se convierten en «gloriosas» y participan en la elaboración de un discurso nacionalista cada vez más explícito. En los Juegos Florales celebrados en Gerona en 1888, las ruinas de la ciudad ampurdana cantan su gloria militar: las ruinas «vocean con mudas y elocuentes voces gloria y patriotismo», proclama un poema. Las ruinas se asimilan también a «monumentos gigantescos a los héroes»¹³. En 1894, el *Diario de Gerona* les da un sentido nacionalista patente: «Entre aquellas piedras desmoronada corre siempre el viento murmurando: ¡Patria!»¹⁴. La ruina se incorpora a la corriente de estatuomanía que caracteriza, como es sabido, el final del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Forma parte de un amplio abanico simbólico que pretende reafirmar los valores de la comunidad política mediante la multiplicación de edificios conmemorativos de todo tipo.

¹⁰ Fermín Muñoz Echabegurren, *La vida cotidiana en San Sebastián después de la destrucción de la ciudad, 1813-1814*, Donostia, 2006, Kutxa Fundazioa: véase el 18 de diciembre de 1813.

¹¹ Stéphane Michonneau, « Belchite, l'invention d'un lieu de mémoire victimaire (1937-2009) », in David El Kentz, François-Xavier Nénard, *Commémorer les victimes en Europe, XVI^e-XXI^e siècles*, Paris, Champ Vallon, 2011, pp.

¹² Francisco de Cidón, *Pueblos de Aragón devastados por la guerra*, Hucograbado Arte, Bilbao, 1943.

¹³ Enrique Claudio Girbal, « La nación en deuda patriótica con la inmortal Gerona », *Revista de Gerona*, tomo 12, 1888.

¹⁴ GIRONA

Esta inversión política conmemorativa prepara en cualquier caso el terreno para una nueva sensibilidad política ante las ruinas que el centenario de la Guerra de la Independencia ilustra claramente: en 1808, por primera vez en España, el uso político de las ruinas condiciona su conservación y puesta en escena urbana. En Madrid, el ayuntamiento salva de la destrucción la Puerta de Monteleón que había presidido el episodio patriótico durante el cual los españoles Daoíz y Velarde se pusieron a la cabeza de la resistencia contra la ocupación francesa, el 2 de mayo de 1808. En Zaragoza, el ayuntamiento decide acondicionar alrededor de la antigua Puerta del Carmen una plaza circular imponente que constituye una conexión entre la ciudad antigua y su extensión reciente. La puerta, que ha perdido la función práctica que había conservado hasta ese momento, se carga con un contenido patriótico que la convierte en altar de la Patria, donde tienen lugar numerosas celebraciones políticas¹⁵. El franquismo prolonga naturalmente la tradición, en la medida en que considera que la guerra de la Independencia es el patrón de la guerra de España, como combate librado contra el extranjero y antiespañol, es decir, el rojo. La Puerta de Monteleón y la Puerta del Carmen están en la encrucijada de una lectura nacionalista de las ruinas que busca en los vestigios el origen mítico de la nación —la guerra de la Independencia, en este caso— y la lectura catastrófica de las ruinas que inaugura el nuevo siglo: la matanza del Tres de Mayo de 1808 y los terribles bombardeos de Zaragoza por parte de las tropas napoleónicas en 1809.

El vínculo político que las celebraciones del centenario de la Guerra de la Independencia establecieron en 1908 se sigue reforzando. En Europa es cosa sabida, gracias a los trabajos sobre la Primera Guerra Mundial, que demostraron que las ruinas fueron objeto de todo tipo de atenciones por parte del Ejército: fotografiadas, clasificadas, las ruinas de la guerra permitieron orquestar un discurso de propaganda sobre la barbarie alemana¹⁶. Conocemos hasta qué punto las ruinas de la catedral de Reims generaron una polémica internacional que justificó la política de reparaciones después de 1918. Las ruinas, es fundamental, interesan tanto al soldado como a las tarjetas postales que circulaban en la retaguardia: el 50% de las fotografías tomadas por los actores de la guerra las representan. Así pues el paisaje de la guerra queda anclado en las mentalidades durante numerosos decenios, reconfigurando lo que Dacia Viejo-Rose llama «heritage-scape»¹⁷, es decir, un paisaje patrimonial para los europeos del Norte. No procede aquí

¹⁵ Pierre Géral, «L'impossible naissance du panthéon national espagnol», en *Hommage à Carlos Serrano* (2 vol), Paris, Editions Hispaniques, 2005, vol.1, p.257-271. Véase también «Ruines et politique de mémoire : le cas de la Guerre d'Indépendance espagnole», *Tigre*, 14, 2006, p.93-115.

¹⁶ Emmanuelle Danchin, *La représentation de la ruine durant la grande guerre : regards croisés*, trabajo doctoral en curso bajo la dirección de Annette Becker.

¹⁷ Dacia Viejo Rose, *Reconstructing Spain: Cultural Heritage and Memory After Civil War*, Sussex Academic Press, 2011, p. 12: la noción de *Heritage-scape* es definida como « real, internalized and mental cartographies that each individual and community has of its surroundings ». El autor añade: « In studying the Spanish reconstruction one of the points of interest is how re-interpreted heritage sites were used as landmarks, coordinates that were meant to serve as guides by which to interpret the post-war landscape that people moved in while mapping out a newly reformulated imagined community ».

recordar hasta qué punto la Primera Guerra Mundial supone la eclosión de una nueva sensibilidad ante las ruinas, que solo es un aspecto de una pasión más general hacia los lugares sacrificiales a lo largo del siglo xx. En la posguerra nacen múltiples iniciativas para conservar ruinas violentas, de las que la más célebre es la de la Churchill de convertir la ciudad de Yprès en memorial de las tropas británicas¹⁸. Auguste Peret deseaba conservar en ruinas la catedral de Reims para que fuera un testimonio de los hechos dramáticos que había vivido: este deseo no descansaba tanto en una lectura nacionalista revanchista francesa como en la consideración del «valor patético» que emanaba de las ruinas, marcado por un coeficiente de sufrimiento humano¹⁹. No es menos significativo comprobar que ninguno de estos proyectos se llevó a cabo, salvo un proyecto polaco, y que la guerra civil española constituye el gran momento en el que tomaron forma un número consecuente de iniciativas.

Faltan trabajos para medir con precisión la influencia que las representaciones forjadas durante la Primera Guerra Mundial tuvieron sobre el imaginario español. Sabemos no obstante que, gracias a las técnicas de reproducción en la prensa ilustrada de gran tirada, las ruinas catastróficas se imponen a la mirada europea en el centro de las representaciones de la guerra, en detrimento, por ejemplo, de las escenas de batalla que, con Roger Fenton, habían supuesto el nacimiento de la fotografía de guerra durante la Guerra Civil estadounidense. Este hecho se explica porque las ruinas se han convertido en una metáfora eficaz de la violencia de guerra, en particular la ejercida contra la retaguardia y los civiles. Veinte años más tarde, gracias al triunfo de los procedimientos fotomecánicos, el lugar de las ruinas de guerra es central en las representaciones de la Guerra Civil española.

2. Las ruinas de guerra en el imaginario franquista

Los trabajos de Vicente Sánchez Biosca y Nancy Berthier mostraron hasta qué punto la fotografía de ruinas calcinadas es un *topos* de la guerra civil²⁰. La fotografía que alimenta la ilusión del realismo aparece como un testimonio y un certificado de autenticidad de las barbaries cometidas por el campo contrario: es una prueba de cargo contra el enemigo. Sabemos que los reportajes fotográficos fueron objeto de amplia difusión a través de exposiciones itinerantes, especialmente escolares, campañas de prensa, impresión de postales, etc. La representación de las ruinas permitió el arraigo de una lectura singular de este conflicto como símbolo del sufrimiento de la población civil, mito que, en el caso de Guernica, sobrevivió mucho después de que se perpetraran otras matanzas de civiles, mucho más considerables²¹. Con la guerra civil, no es exagerado decir que las ruinas se convirtieron en una metáfora de la matanza de civiles convertidos así en víctimas: por esta razón, se suele asociar a la representación de mujeres desoladas y niños heridos, es decir, víctimas civiles consideradas como *inocentes* porque no son combatientes. El discurso de victimización que las ruinas hacen posible y tangible subraya el

¹⁸ Christopher Woodward, p.209. A BECKER

¹⁹ Michel Makarius, *Ruines*, Flammarion, 2004, p.177.

²⁰ Vicente Sánchez Biosca y Nancy Berthier, *Imagen y Guerra civil española. Una retórica del miedo*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012.

²¹ Nancy Berthier, « Guernica o la imagen ausente », *Archivos de la filmoteca: Revista de estudios históricos sobre la imagen*, 60-61, 2, 2008, pp. 96-113.

sufrimiento, el dolor colectivo y anónimo, lejos de los sufrimientos heroicos en los campos de batalla. Las fotografías de casas reventadas, frágiles, refuerzan una representación intimista y mórbida de la guerra y representan con eficacia la vulnerabilidad extrema de las poblaciones civiles en los bombardeos.

Como sabemos, el uso intenso de las ruinas durante la guerra civil se dio tanto en el campo nacional como en el republicano. Son conocidas imágenes (algunas de las cuales fueron objeto de manipulación política) como la de los niños de Getafe²². Es menos conocida la pasión por las ruinas que el franquismo desarrolló muy pronto: las ruinas fueron en este caso una prueba del peligro «rojo separatista», de la obra de destrucción a la que las hordas marxistas no tardarían en someter a toda España. El enemigo se describe mediante metonimia como un salvaje que amenaza el orden social y la civilización. Así pues, como en el bando republicano, las ruinas sirven en este caso para difundir entre la población de la retaguardia un miedo a los rojos que sigue siendo un miedo a la revolución. Es la conclusión a la que Manuel de Foxá pretendía llegar en un famoso artículo publicado en *Vértice* en 1937²³. Para comprender la génesis de esta pasión por las ruinas, probablemente no sea necesario recurrir a la influencia que la teoría de las «ruinas productivas» de Albert Speer hubiera podido tener en España²⁴. Más simplemente, cabe situarla en su contexto cultural propio, comprobando hasta qué punto, en la propaganda franquista, la ruina adquiere un matiz sagrado que no reviste evidentemente del lado republicano: en los folletos publicados por el ejército rebelde, las ruinas se asocian sistemáticamente a fotografías de iglesias saqueadas y cuerpos violados y destripados, en la más pura tradición goyesca²⁵. La ruina se trata como una metáfora de la violación y la profanación de los cuerpos y los altares. Mediante estas imágenes, las ruinas cumplen plenamente con su papel de agente creador de miedo y violencia en la sociedad española en guerra.

Por consiguiente, no es extraño que esta percepción sobreviva a la guerra. Con la victoria, los franquistas no dejan de exaltar las «gloriosas ruinas» sobre una modalidad más heroica que romántica. En sus trabajos, Zira Box mostró que el tratamiento de las ruinas por parte del franquismo obedecía a una lógica doble según los casos: para una mayoría de edificios destruidos, la ruina da lugar a una reconstrucción idéntica que glorifica la capacidad refundadora del régimen²⁶. Suele ser el caso de los aparatos monumentales como el Alcázar de Toledo²⁷, que

²² Robert Stradling, *Your children will be the next, Bombing and propaganda in the spanish civil war 1936-1939*, Cardiff, University of Wales, 2008.

²³ Agustín de Foxá, « Arquitectura hermosa de las ruinas », *Vértice*, 1, Abril de 1937.

²⁴ Carlos Sambricio, « ¡Que coman República! Introducción a un estudio sobre la Reconstrucción en la España de la Posguerra », in Cuadernos de arquitectura y urbanismo, número excepcional, 1977, pp. 21-32 : según Sambricio, Moreno Torres y Franco aludieron a la teoría de Albert Speer. Véase también: Francisco Cossío, « Muerte y resurrección de unos pueblos» también evoca el poder de las ruinas », *Reconstrucción*, 1-6, 1941, p.85.

²⁵ *Cuarto avance del informe oficial sobre los asesinatos, violaciones, incendios y demas depredaciones y violencias cometidos en algunos pueblos del centro del mediodia de Espana por las hordas marxistas en la ciudad de Malaga*, Sevilla, 1937, 104p.

²⁶ Zira Box, *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Zira Box, Alianza. 392 pp., p. 190-196.

fueron reconstruidos o reinterpretados en un sentido más monumental, para servir de base a una lectura maquillada del pasado de la nación. Para otras ruinas, minoritarias, el régimen opta por conservar las ruinas tal y como están: es el caso de las ruinas del pueblo de Belchite, del monumento del Cerro de los Ángeles, del santuario de Santa María de la Cabeza o bien, en un primer momento, de las ruinas de la Ciudad Universitaria de Madrid y la ciudad de Guernica²⁸. También hay que diferenciar para el análisis el caso de estos edificios destruidos, explícitamente conservados por una voluntad política explícita, de los innumerables edificios en ruinas que se no se tocaron después de la guerra, por falta de medios financieros y económicos para derribarlos o reconstruirlos. Las ruinas violentas se inscriben más generalmente en el impulso conmemorativo de la posguerra, que se manifestó principalmente por la multiplicación a gran escala de monumentos a los Caídos. No obstante, las ruinas violentas cumplen con una función más compleja que los memoriales en honor de los combatientes: su conservación tiene el objetivo claro de revitalizar, día tras día, la escisión entre ambos campos, de perpetuar simbólicamente el recuerdo de la violencia y la guerra en la sociedad franquista. Las ruinas conservadas se convierten así en puntos de cristalización de una voluntad obstinada de no perdonar, de alimentar la imposibilidad de toda reconciliación nacional. Son, más que trofeos de guerra, guardianas del secuestro que el franquismo llevó a cabo sobre la idea de nación española.

Para el nuevo régimen, el interés por las ruinas se traduce en la publicación de un gran número de opúsculos, folletos, fotografías, ilustraciones de todo tipo que fueron objeto de una difusión importante. Desde la guerra, las ruinas habían sido objeto de una revalorización excepcional: Luis Bolín, jefe del servicio turístico organizó en 1938 «rutas nacionales de guerra» que invitaban a los curiosos al descubrimiento turístico de los frentes de guerra del Norte y de Andalucía²⁹. Películas, documentales, extractos de actualidades filmadas glorifican las ruinas: recordemos la famosa visita que el régimen organizó a las ruinas de la Ciudad Universitaria para el conde Ciano cuando estuvo en Madrid. Tampoco es inocente que el primer número de la revista *Reconstrucción* que celebraba los trabajos del Servicio de Regiones Devastadas se consagrara enteramente a la reconstrucción del pueblo de Belchite, en Aragón, que había sufrido los efectos de la guerra en el otoño de 1937 y en la primavera de 1938, hasta el punto de que el 80% de sus edificios quedaron destruidos³⁰.

Podemos adelantar algunas hipótesis que rinden cuenta de la importancia de las ruinas para el nuevo régimen. En primer lugar, las ruinas simbolizan el punto de partida de un mundo nuevo porque demuestran a los ojos del régimen que el mundo antiguo se ha desmoronado. Las ruinas,

²⁷ Arístides Fernández Vallespín, « Orientaciones sobre la reconstrucción de Toledo », *Reconstrucción*, 9, 194, p. 9-15. El autor evoca en la posibilidad de conservar el alcázar en ruinas. En 1943, la Dirección General de Fortificaciones encarga a Manuel Carrasco Cadenas el estudio de un plan de reconstrucción, pero el Alcázar como símbolo se reconstruye con mucha más rapidez..

²⁸ Un proyecto de reconstrucción de Guernica en 1938 prevé la construcción de una plaza y de un Jardín de la Guerra, en el que se conservarían en su estado las ruinas de la ciudad antigua.

²⁹ Sandie Hoguein, National Spain Invites You": Battlefield Tourism during the Spanish Civil War, *The American Historical Review*, vol 110, n5, dec 2005, pp 1399-1426.

³⁰ *Reconstrucción*, 1, 1940.

más que cualquier otra cosa, simbolizan la ruptura que el régimen trató de instaurar. En segundo lugar, aunque resulte contradictorio, las ruinas simbolizan una forma de continuidad con el pasado: efectivamente, las ruinas de Belchite o de Toledo son un canto a la resistencia de un pueblo considerado indomable frente a la invasión del extranjero. Como Numancia o Sagunto, estas ruinas actualizan un modelo de asedio que conecta la historia de la guerra civil con la de tiempos más remotos³¹. También permiten reactivar el mito nacionalista más importante del siglo XIX, el de las guerras napoleónicas³². En Belchite, por ejemplo, la batalla de 1937 hace eco a la de 1809. El ayuntamiento de Zaragoza compró los terrenos de Nuevo Belchite, pensando en pagar una deuda secular que, desde 1809, convertía este pueblo martirizado en la vanguardia de la defensa de Aragón y de su capital³³. Así pues, la rebelión franquista encuentra su sentido y su justificación como eco a la historia secular de los españoles *indomables* frente a la invasión. En tercer lugar, en Belchite en particular, la ruina es la expresión de una cultura ruralista reaccionaria que convierte el campo español en paradigma de la armonía social, en el extremo opuesto de una ciudad obrera que se considera corruptora de las costumbres y de la política. Finalmente, las ruinas de Belchite consagran la ciudad como mártir, antídoto del mito de Guernica, cuya fama internacional ya era considerable en los años cuarenta.

Los franquistas viven la pasión por las ruinas diariamente con numerosas ceremonias civiles y políticas. En Belchite por ejemplo, el aniversario del 6 de septiembre, día en que los habitantes asediados intentaron romper el cerco republicano dio lugar en la posguerra inmediata a manifestaciones grandiosas³⁴. En la ciudad antigua se construyó una gran cruz monumental en la antigua plaza mayor y un monumento a los muertos en el lugar donde se habían enterrado los cadáveres durante la batalla. En el Cerro de los Ángeles, la ruina se convierte en decorado de un espectáculo sin par que permitió reorganizar los recuerdos de la guerra civil³⁵.

Hay que señalar con Zira Box que las ruinas, como todo el aparato memorial franquista, son objeto de interpretaciones variadas y a veces incluso contradictorias por parte de las diferentes familias que forma el campo de los vencedores: el Cerro de los Ángeles es un lugar poderosamente instrumentalizado por los católicos, que explotan la consagración de España a Cristo Rey querida en 1925 por Alfonso XIII, pero en cambio son los falangistas y los carlistas los que se apoderan de las ruinas de los pueblos aragoneses. Esta convivencia no deja de crear tensiones: si los primeros defendieron el pueblo de Belchite, es el carlista Tercio de la Virgen de Montserrat el que resistió al asedio de la ciudad de Codo a 2 km de allí. No obstante, como observa Ismael Saz, la lucha simbólica que moviliza los discursos y los rituales de origen

³¹ Álvarez Junco + Moreno Luzón

³² Stéphane Michonneau, *Introducción*, in Christian Demange (et alii), *Sombras de mayo, Mito y memorias de la Guerra de la Independencia en España*, Madrid, Casa de Velázquez, 2008, p.

³³ Archivos municipales de Belchite, 30 de setiembre de 1942.

³⁴ Ángel Alcalde Fernández, « La “gesta heroica” de Belchite: construcción y pervivencia de un mito bélico (1937-2007) », *Ayer*, 80, 2014 (4), pp. 193-214.

³⁵ Mary Vincent, « Expiation as Performative Rhetoric in National-Catholicism: The Politics of Gesture in Post-Civil War Spain », *Past and Present*, 203, 2009 (4), pp. 235-256. Véase también: Guiliana Di Febo, *La Santa de la Raza: Teresa de Ávila, un culto barroco en la España franquista, 1937-1962*, Madrid, Icaria Editorial, 1988, p57.

diferente presenta en la realidad una forma híbrida y más compleja de la que sería esperable, pues el sistema político impone una forma de fusión a partir de las cuales se despliegan varias formas de reapropiación que están en competencia³⁶.

3. Una reorganización simbólica eficaz

Las ruinas son por su naturaleza sede de proyecciones y experiencias múltiples, o incluso contradictorias. El sentido que revisten procede directamente de los usos variados que se hace de ellas, que no se reducen a las políticas de propaganda del régimen.

Veamos, por ejemplo, las fotografías que nos han dejado algunos periodistas como Horna o Capa³⁷. El tema de las ruinas es uno de los lugares comunes de las representaciones de la guerra y su número certifica la omnipresencia de los paisajes de destrucción en la España de la posguerra. Es llamativo comprobar que los reportajes de guerra muestran frecuentemente la vida cotidiana entre las ruinas: las filas delante de los escombros, los niños que juegan a la guerra entre los muros derruidos, las casas destripadas que dejan ver al que pasa la intimidad de la vida cotidiana... Estos testimonios significan simplemente que la experiencia mayoritaria y compartida de la ruina no es épica o heroica, sino más bien hecha de miseria, privaciones, hambre, muerte, violencia ejercida contra los civiles. Para la población, la ruina puede tener un valor de refugio cuando ofrece una protección provisional a las familias que viven en la carretera. Para los propietarios de la casa en ruinas no deja de tener un valor de uso que corresponde a los materiales que se puedan recuperar en ella, a menudo para venderlos, a veces para reconstruir una vivienda en otro lugar. De esta forma, en los primeros años de la posguerra había un desfase claro entre las políticas de memoria desplegadas por el régimen triunfante y la memoria común de las ruinas, hecha de recuerdos fragmentados, contradictorios, pero siempre basados en la extrema variedad de las experiencias individuales y familiares.

En el caso de Belchite, que hemos estudiado de forma más detallada, la imagen franquista del pasado del pueblo bombardeado correspondía a la experiencia de una minoría de vecinos atrapados en la trampa del asedio y de los militares. Para los demás, este discurso no tenía sentido: para las familias que, en septiembre de 1937, tras la toma de la ciudad por los republicanos, habían sido evacuadas hacia la retaguardia, en Cataluña, las ruinas significaban sobre todo una pérdida casi imposible de recuperar pues, tras la reconquista del pueblo por parte de los franquistas en marzo de 1938, solo las familias que se quedaron pudieron recuperar los edificios que seguían en pie. Estos evacuados fueron realojados por los servicios del Auxilio Social de Falange en un pueblo de ladrillo que los ocupantes del antiguo pueblo llamaban «Rusia», para marcar mejor el carácter infamante de los refugiados de la antigua zona republicana. Para los cerca de 5.000 prisioneros del campo de trabajo que el régimen instauró para explotar la mano de obra gratuita al servicio de la reconstrucción, las ruinas significaron una humillación cotidiana así como un sufrimiento renovado. Para las familias reprimidas por el

³⁶ Ismael Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 161 sq.

³⁷ Nancy Berthier, XXXXX, in

régimen, cuyos padres se encontraban escondidos en las *bodegas*, las ruinas eran una inmensa fosa común en la que era imposible rendir culto a los muertos.

Las ruinas reflejaban así una multiplicidad de *memorias comunes*, según la terminología usada por Marie-Claire Lavabre³⁸, que respondían a una multiplicidad de traumatismos acumulados: para los unos, las ruinas recordaban el traumatismo de los bombardeos; para los otros, recordaban el traumatismo de un traslado forzoso al pueblo nuevo y el sentimiento de culpabilidad por haber abandonado el pueblo de los antepasados; y para todos, las ruinas representaban la imposibilidad de enterrar dignamente a los muertos. No es sorprendente, por lo tanto, que más allá de los discursos, las ruinas no consiguieran convertirse en el lugar común de un relato consensuado sobre la Guerra Civil. De hecho, los vecinos siempre prefirieron el silencio o la indiferencia fingida a las vociferaciones políticas de los franquistas. Al silencio respondió también una gestión, práctica, por así decirlo, de los recuerdos dolorosos: los vecinos trabajaron para importar al pueblo nuevo flamante elementos del antiguo pueblo en ruinas, como para neutralizar la carga emotiva que representaba el espectáculo del pueblo antiguo, o bien para restablecer un vínculo con el pasado que la historia había roto.

El *patchwork* simbólico que se deriva de los usos de las ruinas no implica que estas últimas hayan carecido de eficacia política. Habría que prestar mucha más atención a las puestas en escena de las ruinas en la España franquista: las inauguraciones de la Sala de los Caídos inaugurada por Franco en 1939 en el interior del Alcázar (Cf. Zira p. 193), la del Cerro de los Ángeles en 1925 o la del Monumento a los Caídos de la División Azul en una iglesia en ruinas de Segovia tienen un notable efecto de contraste con los edificios nuevos que proclaman el triunfo de la Nueva España. En Toledo, el nuevo Alcázar incluye en su centro el recuerdo del sacrificio de Moscardó³⁹; en el Cerro, los dos monumentos están frente a frente; en Belchite, el pueblo antiguo en ruinas se extiende junto al nuevo en reconstrucción. En Belchite como en numerosas ciudades «adoptadas» por el Caudillo por su elevado nivel de destrucción, el urbanismo del pueblo nuevo reconstruido era un homenaje al triunfo de una sociedad jerarquizada y recatolizada. La ruina se presenta así como un laboratorio de reconfiguraciones del pasado reciente, cuyo ejemplo puede extenderse después a los casos de ciudades completas, como Teruel, Toledo e incluso Madrid y Barcelona⁴⁰. Las ruinas solo adquieren sentido en una relación estrecha con la obra de reconstrucción, que significa desde el punto de vista espacial la oposición entre la España de ayer y la nueva nación nacida de sus cenizas. Lo que se convoca no es el mero recuerdo de la destrucción, sino sus orígenes, su pasado y su futuro. Las ruinas colocan inmediatamente al espectador en una secuencia temporal larga al mismo tiempo que subraya la fuerza de un nuevo comienzo.

³⁸ Marie-Claire Lavabre,

³⁹ Zira Box, Op. Cit., p.191. Véase también Dacia Viejo-Rose, Op. Cit., p.75.

⁴⁰ José Manuel López Gómez, *Un modelo de arquitectura y urbanismo franquista en Aragón: la Dirección General de Regiones Devastadas, 1939-1957*. Véase también: Carlos Forcadell Álvarez y Alberto Sabio Alcutén (dir.), *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008.

Otro indicio de la eficacia de las ruinas: la centralidad que conceden a la persona de Franco como personaje clave de la historia nacional. En el primer número de *Reconstrucción*, la revista de la **Dirección** de Regiones Devastadas, un montaje fotográfico elocuente muestra la yuxtaposición del Caudillo, en primer plano, y una visión de Belchite en ruinas, en segundo plano. Frente a este paisaje opresivo, inhabitado e inhabitable, Franco se sitúa en la imagen como figura tutelar en una posición intermedia entre las ruinas y el espectador. Esta mediación retoma la disposición que ocupan los santos en las representaciones tradicionales de las catástrofes en el siglo XVII⁴¹: por una parte, el santo representa la intervención divina que señala con el dedo y la salvación más allá de la maldad actual. Su poder sobrenatural y los prodigios que realiza son las cualidades más importantes de las imágenes de *exvoto*: por esta razón el santo es ingrátido, está fuera del marco de la representación de la catástrofe. En este caso, la imagen de Franco se sitúa ante un boquete en el muro que, como el marco de un cuadro, deja entrever las ruinas. Por otra parte, la imagen del santo cumple una función apotropaica, manteniendo alejada la plaga por su mera exposición, que sirve en cierta forma de escudo para la comunidad. El dedo levantado no solo es signo de una elección divina: es también una amenaza explícita contra los peligros que amenazaban a la comunidad y la promesa de su aniquilación. Vemos que en el horizonte general de la imagen este dedo se funde en los campanarios milagrosamente conservados de Belchite en ruinas: la torre mudéjar, estilo nacional español por excelencia, y la iglesia de San-Martín-de-Tours. Al mismo tiempo que la presencia santa garantiza el cumplimiento de una promesa milagrosa, la de la reconstrucción del pueblo (anunciada en la frase tomada del discurso que Franco pronunció en el momento de la “liberación” de Belchite), encabeza, en uniforme, la lucha contra la plaga de la guerra. Su intercesión nos permite contemplar el paisaje de las ruinas sin que la desolación y la desesperación que suscitaría este panorama nos pueda afectar directamente. Este análisis muestra cómo la figura de Franco cristaliza las esperanzas y los miedos de la sociedad de la posguerra y reconfigura la comunidad nacional alrededor de su persona, utilizando herencias cristianas.

La eficacia de las ruinas no está donde cabría suponer: no obstante, no se deriva tanto de tradiciones e interpretaciones canónicas como de prácticas ancladas en la vida cotidiana de una población que había padecido las consecuencias directas del conflicto. Las ruinas fueron populares, como demuestran en Belchite las numerosas visitas, la curiosidad turística, la multiplicación de donaciones y suscripciones para acelerar la reconstrucción e incluso las peticiones de tomar de las ruinas piedras que pudieran servir de reliquia en los altares de la patria⁴². De esta forma, la ruina creó una especie de empatía con las víctimas de los bombardeos, una experiencia en la que numerosos civiles podían reconocerse. Más allá de la leyenda histórica, conformada por la propaganda, existían memorias individuales, familiares, locales, que conservaban un recuerdo vivo de la destrucción, las privaciones, las violencias innumerables. Esta dimensión afectiva de la guerra estaba aflorando y necesitaba un canal de expresión. Es precisamente el contacto entre los usos políticos orquestados por el régimen y las experiencias traumáticas conocidas por la población civil lo que garantizó el éxito de las ruinas. De esta forma, la política de las ruinas solo fue un éxito en la medida en que respondía al condicionamiento de

⁴¹ Karen Durecht, « Naples, 1956. Un paysage contaminé », artículo no publicado, amablemente comunicado por la autora,

⁴² Archivos municipales de Belchite, Correspondencia, 18 de enero de 1939. El Ayuntamiento de Burgos pide que se le mande « sillar, piedra de la columna o resta de la iglesia ».

las experiencias vividas: las ruinas fueron eficaces en la medida en que enunciaban y construían a su manera el traumatismo de la guerra.

Por esta razón, la eficacia de las ruinas de la guerra civil va mucho más allá del mito franquista que la vio nacer en 1938 y desplegarse hasta 1962, fecha en la que tuvo lugar una serie de actos políticos descrita por Ángel Alcalde que marcaron el punto culminante de la instrumentalización política del pueblo antiguo orquestada por la Hermandad de los Defensores⁴³. Dos años más tarde, cuando las autoridades franquistas refundaron la legitimidad del régimen sobre la celebración de la paz (los «veinticinco años de paz»), las ruinas de la guerra civil dejaron de representar un interés político y la pasión por las ruinas se apagó: las conmemoraciones de Belchite ya solo reunían a un puñado de excombatientes ancianos e incapaces de transmitir a sus hijos el sentido de su gesto. Las ruinas vivieron entonces un proceso de despolitización acusado por el desarrollo económico de España y el éxodo consecutivo de la población rural. El momento de reproducir la Victoria había quedado atrás.

No obstante, la despolitización de las ruinas no significa que estas últimas dejaran de ocupar el imaginario nacional español: por un lado, las ruinas abandonadas a su suerte pudieron despertar un interés anticuario y patrimonial. La historia de esta patrimonialización está todavía por escribir: remite a un cambio radical en las sensibilidades y supera ampliamente los usos políticos del franquismo o de los de la transición democrática que, en el momento de la reconciliación política de los españoles, se veían afectados por el espectáculo de las ruinas que simbolizaban la herida de España. Por otro lado, una vez retirada la marea de la politización de las ruinas, pervivieron prácticas y memorias individuales y familiares para ocupar unas ruinas que nunca volverían a hablar.

Conclusión

Según Dacia Viejo Rose, «A Spain in ruins became the material on which Franco's regime could impress its image of the nation»⁴⁴. No obstante, durante el franquismo, la percepción de las ruinas de la guerra civil es ambigua: las ruinas violentas son a un tiempo ruinas heroicas que hablan de la victoria de los nacionales, pero también ruinas sacrificiales que relatan la variedad de las experiencias comunes de la guerra. Esta doble naturaleza de las ruinas, no coincidente, explica probablemente el éxito que tuvieron los proyectos de conservación de las ruinas de guerra tras la Segunda Guerra Mundial: el pueblo de Oradour-sur-Glane⁴⁵, la catedral de Coventry, la Iglesia del Recuerdo en Berlín, San Nicolás en Hamburgo, la Freundkirche en Dresde, el pueblo de Koczyn en Polonia, las iglesias de Christchurch Geyfriars y de St Duncan al este de Londres, el ayuntamiento de Darwin en Australia, la cúpula de Hiroshima, la catedral de Urakami en Nagasaki son algunos de los ejemplos más célebres de ruinas renovadas para servir de armas simbólicas para legitimar empresas de revisión de la historia. Las ruinas violentas franquistas abren este ciclo ya en 1937.

⁴³ Ángel Alcalde Fernández, Op. Cit., p. 210.

⁴⁴ Dacia Viejo-Rose, Op. Cit., p. 103.

⁴⁵ Sarah Palmer, *Martyred Village. Commemorating the 1944 Massacre at Oradour-sur-Glane*, Univ of California Press, 2000.

El discurso irenista que elaboró el franquismo para reconstruir la novela nacional contrasta con la existencia de memorias comunes desgarradas. En Belchite, como hemos visto, la revalorización de las ruinas del pueblo antiguo tropieza con una resistencia sorda por parte de vecinos que mantienen versiones diferentes de lo que ha pasado. Además, las ruinas están constantemente cargadas de un valor de transmisión que no cambia con el tiempo, pues su espectáculo sigue siendo una forma de conocer la guerra en una modalidad íntima, pero también pacífica. Sin embargo, si la visita de las ruinas permite que numerosas familias interioricen subjetivamente la experiencia de la guerra, el régimen franquista nunca tuvo forma de controlar lo que se transmitía efectivamente. De esta forma, entre usos del pasado y memorias comunes, nunca dejó de existir una distancia, incluso en las épocas más duras de la dictadura, que fragilizó la empresa de reconstrucción del relato nacional.

Si bien esta distancia revela la dificultad que siente el régimen para imponer *su* relato de la guerra civil, no es necesario deducir la ineficacia de las políticas simbólicas del franquismo⁴⁶. Efectivamente, como comenta Antoine Le Blanc⁴⁷, la conservación de las ruinas siempre resurge en la prevención de un riesgo futuro, el mismo que está en el origen de la destrucción. Las ruinas dejaron de preocupar a los españoles, alimentando el recuerdo de la guerra civil para protegerse de su posible vuelta, legitimando mejor un régimen que supuestamente salva la nación de su autodestrucción y haber salvaguardado la paz civil. El recuerdo de la guerra aparece sin duda en el horizonte político como una amenaza que alimenta sabiamente el miedo y que, finalmente, limita el campo político de las posibilidades. Es la herencia principal del régimen franquista haber inculcado y alimentado el miedo obsesivo al conflicto civil, el mito de una nación española condenada a desgarrarse, que hay que salvar del abismo a su pesar. En suma, actuando como unas orejas que imponían no considerar todas las opciones políticas posibles durante la transición democrática, las ruinas de la Guerra Civil siguieron ejerciendo una «violencia cultural» difusa que no ha dejado de tener peso sobre el imaginario nacional de España hoy en día⁴⁸.

⁴⁶ Nigel Townson (ed.), *España en cambio. El segundo franquismo 1959-1975*, Madrid, Siglo XXI, pp. IX-XLVI.

⁴⁷ Antoine Le Blanc « La conservation des ruines traumatiques, un marqueur ambigu de l'histoire urbaine », *L'Espace géographique*, 39, 2010(3), pp. 253-266.

⁴⁸ Johan Galtung, «Cultural violence», *Journal of Peace Research*, 27-3, 1990, pp. 291-305: John Galtung define así la violencia cultural: «By Cultural violence we mean those aspects of culture, the symbolic sphere of our existence —exemplified by religion and ideology, language and art, empirical science and formal science (logic mathematics)— that can be used to justify or legitimize direct or structural violence. Stars, crosses and crescents ; flags, anthems and military parades, the ubiquitous portrait of the Leader, inflammatory speeches and posters —all these come to mind» (p. 290).